

Prólogo

Y la fiesta del cuento continúa...

Esta nueva edición felina está muy, pero muy (de) buena(s). Lo digo como un lector que ha seguido su trayectoria, pero, además, como aquel que se deleita con las propuestas relevantes. Aunque sus autores dicen que el último número en publicar será el último de esta serie cuentística, no obstante, por manes de los dioses literarios, siempre se reúnen las fuerzas (literarias) para salir adelante, pues ellos, publicados y nuevos, están dispuestos a dar su sangre por cada edición. Esta —como cualquier publicación de esfuerzos propios o con apoyos— siempre constituye una lucha en varios aspectos: con los autores, con las selecciones, con las revisiones, con la inclusión o no, con los tiempos de entrega, en fin...

Ahora bien, eso de «última» edición no es una afirmación gratuita, pues, aunque las razones no salten a la vista, el trabajo de los editores de los anteriores volúmenes también, como la escritura, suele ser solitario, agotador, tanto que pide un punto final. Cualquiera que sea el fin de la serie, queda para la historia del cuento del Caribe colombiano y nacional, en letras el trabajo, esta colección perpetrada por Clinton Ramírez y Guillermo Tedio, a través de 10 vigentes y hermosas ediciones. Un trabajo tesonero que no solo debe agradecerse por el esfuerzo, sino por el tino

en la escogencia de los más de 100 relatos publicados, los cuales, vislumbrando algo más, merecerían una antología. Quiero decir: una antología de antologías, porque los 10 volúmenes, cada uno en sí, representa una compilación muy bien pensada.

Para esta nueva edición, toma la alternativa en las labores de editor, el escritor Jorge Campo Figueroa, quien se estrena en estas lides con una precisa selección que viene a ampliar una propuesta que representa una elevada oportunidad para los narradores del Caribe colombiano, nuevos o consagrados, en un país donde no siempre es fácil publicar en grandes tirajes. Afortunadamente, la producción narrativa breve crece y circula merced a la Universidad del Magdalena, que dispone, a diferencia de otros establecimientos de la región, de una política clara y sostenida de divulgación de las investigaciones y la literatura de ficción del Caribe.

Pero a lo que vamos: esta selección busca mostrar que el cuento de esta zona se encuentra vivo, pues algunos de los autores aquí escogidos y que ya han aparecido en la mayoría de las 10 selecciones hasta hoy (Martiniano Acosta, Clinton Ramírez, José Luis Garcés, Guillermo Tedio, Jaime Cabrera, Adolfo Ariza, entre otros), bien pudieran, cada uno, publicar un cuentario con esos textos gatunos ya editados. Son autores, vale recordar, con muchos años de vigorosa y madura escritura, a ratos guardada, bien sean porque carecen de las relaciones editoriales y publicitarias para ser reconocidos nacionalmente. Aunque varios de ellos sí lo sean por los galardones obtenidos y alguna difusión más allá de las montañas de la «Atenas» suramericana-quimbayo-mestiza.

Los 13 autores aquí considerados presentan situaciones de todas las dimensiones. Martiniano Acosta («El canto ferroz del filo en el aire»), revela la ambivalente escena de verdugo y víctima, con una prosa acerada y lacerante, como la propia relación entre estos personajes; Sara Martínez Vega, con «¡Que me maten ya!», nos traslada a una sociedad ominosa, donde los perdedores representan «la resistencia», y los ganadores, a los poderosos. Tal vez haya una relación analógica entre esta narración, que podría convertirse en la cara previa del vínculo entre verdugo y víctima del relato de Martiniano Acosta. A su vez, en «Los ratones piensan que son caballos», Adolfo Ariza monta una metáfora de la vida cotidiana en los momentos en que una manada de ratones invade la casa de una familia joven, mientras que la mente de la hija se sitúa y cruza entre los juegos de la tablet que desea y los ratones.

Una novedad en esta colección, en cuanto a cantidad, es la aparición de muchas microficciones: empezando con las del editor Jorge Campo Figueroa, quien ofrece «Cuentos breves», con giros sorprendidos y crujientes, sabiamente deleitosos; y, bajo el mismo tipo de escritura, mas no en su estilo, Alcy Zambrano, con sus «Minificciones», recrea un mundo lleno de «figuras incomprensibles que tienden a confundir al lector» (según reza uno de los minicuentos), observándose en estos textos mayor inclinación hacia la ambigüedad, mientras el trabajo literario de Jorge Campo Figueroa cruza otra línea y se deja sonreír. A ellos se agregan los microcuentos de Orlando Barros García, afrontados en otro tono, con otras trazas, imprimiéndoles, como indica en el nombre general de su muestra: «Lo que el silencio cuenta». Sinuosos, también se inscriben en esa

natural no especificidad «Los cuentos de gallo», de Amelia Rosa Maldonado, con unos ecos naturales y afortunados. Y con un dejo diferente, Silvia Patricia Miranda desglosa también los silencios y las metamorfosis en «El michu», dejando, en medio, unos espacios desconcertantes.

Por otra parte, el poeta Javier Marrugo Vargas cambia de género y nos aproxima a un mundo de apariencia cortazariana en «Las cosas de la casa», dándoles vida a algunos elementos de una vivienda que nos llevan a observar mundos más y tan significativos que muchas veces no sabemos leer ni experimentar, acaso por lo mágico y dialógico a la vez. Que no son los universos que recrean José Luis Garcés y Guillermo Tedio, pues en sus respectivas narraciones se acogen a las palabras de Hegel, muy propicias para sus textos: «la oración de la mañana del hombre moderno es la lectura del periódico, porque permite situarnos cada día en nuestro mundo histórico». Así, en «Días negros como viejos hierros», de Garcés González, vemos la continuidad de su excelsa pluma, que decanta la cotidianidad de la edad y de los afectos, reafirmando su condición de referente de la cuentística del Caribe colombiano.

Siguiendo la relación con la propuesta hegeliana, en «Mascarada», Tedio retrata la vida nada cómoda de un periodista a quien su director le pide noticias de sangre, para que el medio impreso venda más. En el cuento de Tedio, la realidad reptá de modo acompasado. Muy cerca de la perspectiva del filósofo alemán, el cuento de Clinton Ramírez, «Un forastero es un forastero», celebra de manera ambigua la misma tautología del título, porque, más allá de ella, constituye una doble representación: la de la acogida del otro aparentemente extranjero, pero también la de su

enraizamiento y su asunción como ser y como personaje. Cuento de personaje, de su elevación como tal. Finalmente, una corriente de agua fresca es la que corre en la lectura de «Agripina y los dos», en el que Ignacio Verbel despliega una relación deliciosa, una aventura... Pero mejor no seguir.

El plato está servido. Si la idea es la de continuar publicando cuentos del Caribe colombiano, esta labor cultural debe seguir floreciendo, para remarcar un universo que está más allá de la región, más allá de la literatura: extender siempre las fronteras artísticas.

Adalberto Bolaño Sandoval

Docente Universidad del Atlántico. Investigador literario.



El canto feroz del filo en el aire

Martiniano Acosta

Chocan tus palabras contra el rostro de quien te observa, son burdas, hirientes; tus miradas crujen, rechinan como arpones tratando de sacar con dureza la verdad. Tienes a tu favor todos los medios para llevar a cabo tu oficio. Sin embargo, en ese bloque de silencio, en esa escena goyesca que está ante mis ojos expectantes, sé que solo habrá labios de acero hasta la muerte.

Tú te encuentras frente a él, observándole un ramaje de sangre en las mejillas. Una boca sin dientes a causa de los golpes. Dulce, burlonamente, silbas mientras manipulas unas pinzas eléctricas delante de sus ojos abotagados. Le miras con detenimiento los golpes morados en los párpados. Le pasas el brazo derecho por el cuello y aprietas, así como yo te he visto pasear del brazo de tu mujer bajo la frondosidad de los árboles del parque y entre el tumulto de turistas en la playa de Bahía del Mar. Nadie imagina que tú también paseas por la playa con tu mujer, con tu mascota y ambos contemplan el buque hundido a la orilla del mar; le cantas directo a él, ahora, en voz baja, como si fuera un murmullo: «Condenado para siempre / en esta horrible celda / donde no llega el cariño...».

Tú, su verdugo ocasional. Él, por las rebeldías propias de la juventud, es la víctima. ¿Con gusto? No lo sabes. Ni

te interesa. ¿Por luchar contra la despótica tiranía? Quizás, piensas. ¿Por pelear por los derechos humanos? ¿Por pensar diferente? Tal vez. Pero no te interesa saber por qué o por quiénes él está luchando.

Tu oficio es estar allí para arponear la verdad. Sacar verdades. Embutirle por la boca ratas asquerosas. Por eso, tus pensamientos efímeros vuelan por tu cerebro virgen y sigues hilvanando retazo a retazo la historia de ese hombre que está frente a ti: no entiendes el porqué de su afán de transformar las cosas establecidas. Tú lo miras con el garfio del odio, ese odio enraizado en tus tripas de mala gente, con entrañas demoledoras; el que te inyectó desde pequeño tu padre. Te digo que naciste para convertirte en un inquisidor. Cada quien nace para ser alguien en este mundo. Tantas veces te has preguntado, sentado en el banquillo liso, color caoba, en el que has visto sentadas a todas tus víctimas, ¿por qué odias a esos hombres como él? ¿Por qué tu mano enguantada blande las tarántulas y los torturantes objetos que llevan en el aire una melodía feroz? Pero ganas la contienda porque tú siempre tienes el poder y la razón. Poder y razón son lo mismo, van de la mano.

Tu encono es una buganvilia que crece internamente día a día, que se ramifica cuando tus Jefes, tus superiores, te lavan el cerebro hablándote de democracia, de libertad, de que eres el mejor y te hacen homenajes por tu labor y los miras con esos ojos de lechuza hechizante a través de la capucha negra, negra como tu vida de torturador, esos ojos tuyos que, en estos momentos, proyectan esa mirada imperturbable de tigre y reflejan ese relampago de muerte sobrecogedor. Dureza en la mirada. Piensas orgullosamente que nadie te la podría doblegar.

Mientras te resoplas la nariz, imaginas a tu víctima con la respiración goteante que parece descender por la mesa como un hilo espeso de miel. Y resbala por tus pantalones. Y cae a tus botas de cuero duro. Pero él ya no te enjuicia. Apenas te observa desde su lejanía intocable y abisal. ¡Si él pudiera recriminarte o restregarte como estropajos en tu piel algunas palabras vengativas o tus actitudes bárbaras, salvajes! Si él pudiera levantarse y meter escorpiones en tu cuerpo, pero está indefenso. Siempre in-de-fen-so.

Los músculos de tus brazos están gruesos, nervudos y templados; quizás, el ejercicio de las torturas diarias te ha servido para lograr una bella y abominable apariencia física. Antes de cruzar los brazos con ritualidad, te rascas con gusto los testículos y colocas tu mentón cuadrado encima de tus manoplas homicidas. Y miras, porque te encanta mirarlo, con esa mirada tierna tuya, las cosas que te producen felicidad: los morados en la piel, las heridas en la frente, los labios hinchados, los mordiscos de los animales, las ponzañas, los dedos sin uñas, la lista y lees algunos nombres que tendrás que ir tachando de la faz de la tierra.

Y acaricias el aluminio que muestra un brillo fugaz.

Y sientes que tu oficio es el más hermoso del mundo. Y a mí, desde aquí, me gustaría gritarte que es el más degradante del mundo.

Y sientes la pesadez del calor como un tonel sobre tu cabeza, y el olor de bestia en podredumbre en el cuarto descolorido en donde sobresalen mapas mal dibujados o flores secas de sangre estrellada contra las paredes. Una lámpara cuelga del techo, esparce su luz mortecina y a veces se balancea. Esa luz mortecina es torturante.

En tu rostro, cubierto por la gruesa tela negra, quien sabe si habrá una piel estragada por el miedo, acuchillada por la angustia o martillada por el llanto y la lástima. Él, que mantiene la mirada fija, no te la ha quitado de encima. Y tú lo que haces es imaginártelo librando obstáculos para conseguir el triunfo. Batalló en vano, se te da por pensar. A veces yo no me explico (y quizás ese que te observa desde su fondo de tinieblas tampoco) cómo llegaste a ser verdugo.

Te casaste. Conseguiste una mujer a la que brindas amor, rindes pleitesía y sumisión. ¿Y los hijos? No vinieron. No lograste engendrar la semilla en el vientre de tu esposa por más que jadeaste como cerdo voraz todas las noches. Ese hombre de combate que tienes ahora delante de ti, tal vez, te grite, sin tapujos, para verte la cara verde de la rabia: ¡Estéril!

Sigo viendo desde aquí, cómo vuelves a recorrer la geografía de su cara. Tu vista de hacha delinea su perfil pálido. Sin embargo, él no abre la boca para despotricar, para señalarte. Ves su frente: un pedazo de luz difundiéndose en la lejanía. Sus ojos espantosos y abiertos como si te quisieran apresar, absorber con las órbitas o te convocaran por el nombre en un solo grito: ¡maldito verdugo! Sus pupilas rojas, están a punto de estallar. Y sigues el encanto del recorrido, con el gusto de un infante goloso como cuando les regalas paletas a los niños de tu vecindad y los observas lamer el chorrillo de crema con morbosidad. Ves los labios de tu víctima cuarteados y rayados por la tortura infame, por el sol, el viento y la falta de agua. Unos dientes asomados próximos a terminar de quebrarse con un simple toque. La boca explayada queriendo exhalar, descargar, vomitar